

III

Durmieron hasta la llegada, con el apacible sueño de las conciencias tranquilas, y cuando volvieron á su casa, frescas, descansadas y dispuestas al cotidiano trabajo, la *Señora* no pudo por menos de decir:

—La verdad es que conviene salir de cuando en cuando.

Cenaron aprisa y cuando hubieron revestido los arreos de combate esperaron á los habituales parroquianos. El farolito que ardía en la fachada indicaba que el rebaño había vuelto al aprisco.

En un instante circuló la noticia, sin saber cómo ni por quién. Don Felipe, el hijo del banquero, hizo avisar por un exceso de complacencia al señor Tournevau, prisionero de su propia familia.

El pescadero tenía todos los domingos mucha gente á comer, y tomaban café cuando entró un hombre con una carta en la mano. El señor Tourne-

vau, muy conmovido, rompió el sobre y se puso pálido; no contenía más que estas palabras:

“Cargamento de bacalao encontrado; buque entrado puerto; buen negocio para usted. Venga aprisa.”

Buscó en el bolsillo, dió veinte céntimos al portador y ruborizándose, exclamó:

—He de salir necesariamente.

Y alargó la misiva á su esposa. Llamó y en cuando entró la criada:

—El pardsú y el sombrero, ¡aprisa!

Apenas estuvo en la calle echó á correr silbando entre dientes y el camino le pareció dos veces más largo: tal era su impaciencia.

La casa Tellier tenía el aspecto de fiesta. En la tienda las voces de los marineros armaban un estrépito infernal. Luisa y Flora no sabían á quién contestar, bebían con uno, con otro y más que nunca les cuadraba el mote de “las dos Bombas.” Las llamaban desde veinte puntos á la vez; no podían acudir á todos y la noche sería trabajosa para ellas, según las señas.

El cenáculo del piso primero estuvo reunido al dar las nueve. El señor Vasse, el pretendiente oficial, pero platónico de la *Señora*, hablaba con ella en un rincón en voz baja, y ambos sonreían como si estuviesen á punto de llegar á un acuerdo. El señor Poulín, exalcalde, tenía á Rosa á caballo sobre sus rodillas mientras ella manoseaba sus patillas blancas. Se veía un cacho de muslo desnudo que resaltaba sobre el paño negro del pantalón, y las medias

rojas estaban ceñidas por unas ligas azules, regalo del viajante de marras.

Fernanda, tendida en el sofá, tenía ambos pies apoyados en la barriga del señor Pimpesse, el maestro, y el torso sobre el chaleco de don Felipe, del que acariciaba el cuello con la mano derecha, en tanto que fumaba un cigarrillo con la izquierda.

Rafaela parecía negociar con el señor Dupuis, el agente de seguros, y terminó la conversación con estas palabras:

—Sí, querido, esta noche sí que quiero.

Luego dandó una rápida vuelta de vals por el salón, gritó:

—Esta noche todo lo que me pidan.

La puerta se abrió bruscamente y apareció el señor Tournevau. Oyéronse exclamaciones, gritos entusiastas:—¡Viva Tournevau!—Y Rafaela, que continuaba dando vueltas, fué á caer sobre su pecho. El la cogió con formidable abrazo y sin pronunciar palabra, levantándola del suelo como una pluma, atravesó el salón, ganó la puerta del fondo y desapareció por la escalera de las habitaciones con su fardo viviente, entre fragorosos aplausos.

Rosa, que excitaba al exalcalde, besándole de continuo y tirando al mismo tiempo de las dos patillas para mantenerle tiesa la cabeza, aprovechó el ejemplo:

—Ea, imita al pescadero—dijo.

El buen hombre se levantó y arreglándose el chaleco, siguió á la moza, palpando el bolsillo en que dormía el dinero.

Fernanda y la *Señora* quedaron solas con los otros hombres, y don Felipe exclamó:

—Yo pago el champagne; envíe usted á buscar tres botellas, señora Tellier.

Fernanda, abrazándole, le dijo al oído:

—¿Quieres tocar un ratito?

El se levantó y sentándose ante un piano que recordaba la Revolución, tocó un vals, un vals triste, enronquecido. La moza se abrazó al preceptor, la *Señora* se abandonó en brazos del señor Vasse y las dos parejas bailaron, besándose de cuando en cuando. El señor Vasse, que años atrás bailaba en reuniones decentes, se mostraba bailarín consumado y la *Señora* le miraba con ojos de carnero degollado, con esa mirada que dice "sí," de un modo más discreto y delicioso que una palabra.

Federico trajo el champagne. Saltó el primer tañón y don Felipe ejecutó el prelude de unos lanceiros.

Los cuatro bailarines los ejecutaron de un modo decente, digno, con finura, con reverencias y saludos.

Después empezaron á beber. Entonces apareció el señor Tournevau satisfecho, aliviado, radiante. Exclamó:

—No sé lo que tiene Rafaela; pero esta noche está divina.

Luego bebió el contenido de una copa que le alargaban y dijo:

—Anda, anda, hoy se tira todo.

A renglón seguido don Felipe tocó una polka muy

viva y Tournevau la bailó con la hermosa judía á la que llevaba en volandas. Las otras dos parejas bailaban también con entusiasmo y no se detenían sino para beber unas copas. El baile amenazaba eternizarse cuando se entreabrió la puerta y apareció Rosa con un candelero en la mano. Iba despeinada, en camisa, en zapatillas, animada, colorada.

—Quiero bailar - gritó.

—Y tu viejo?—preguntó Rafaela.

Rosa soltó la carcajada.

—Ya duerme, se duerme en seguida.

Se apoderó del señor Dupuis, que estaba inactivo en el sofá y empezó de nuevo la polka.

Pero las botellas estaban vacías.

—Yo pago una—anunció el señor Tournevau.

—Yo también—declaró el señor Vasse.

—Y yo—añadió el señor Dupuis.

Todos aplaudieron.

El salón estaba animado; se bailaba por todo lo alto. Hasta de cuando en cuando Luisa y Flora subían y daban una vuelta de vals en tanto que sus parroquianos se morían de impaciencia; luego volvíanse al cafetín con el corazón dolorido por no poder gozar de aquella fiesta.

A media noche aun se bailaba. A veces desaparecía una de las mozas y cuando la buscaban para hacer un vis á vis, advertían de pronto que también faltaba uno de los hombres.

—¿De dónde venis?—preguntó con chunga don Felipe en el momento en que el señor Pimpesse volvía con Fernanda.

—De ver dormir al señor Poulin—replicó el maestro.

La frase tuvo gran éxito y todos, unos tras otros, quisieron subir á ver dormir al señor Poulin con alguna de las mozas, que aquella noche se mostraban amables hasta el exceso. La *Señora* cerraba los ojos y á menudo hacía largos apartes con el señor Vasse como para convenir en los últimos detalles de un asunto ya acordado.

A la una los dos hombres casados, los señores Tournevau y Pimpesse, declararon que se retiraban y quisieron pagar su cuenta. Sólo se les contó el champagne, pero á seis francos y no á diez como de costumbre, y como extrañaran tal generosidad la *Señora* les contestó con expresión radiante:

—No todos los días son de fiesta.

LAS SEPULCRALES

La criada de la granja—6